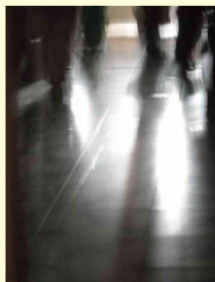


Javier Champredonde

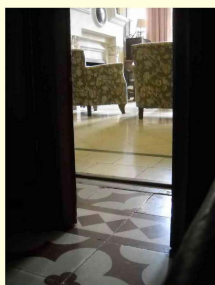
Javier Champredonde



Mosaico

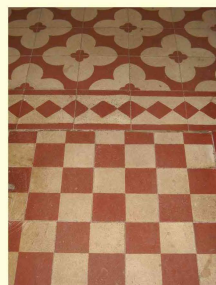


Mosaico



EDITORIAL HFINNE

EDITORIAL
HFINNE



Mosaico

JAVIER OSCAR CHAMPREDONDE

Mosaico

EDITORIAL
HANNE
~ 2013 ~

Apellido y nombre del/los autor/es

Título del libro

1ª ed. – Salta: Editorial Hanne, 2013.

48 p.; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1264-34-6

1. Catalogación. I. Título

CDD 181.45

Diseño de Tapa:

Corrección de esta Edición:

Esta Edición estuvo al cuidado de

© Editorial Hanne – 2013

Alvarado 2049 – (4400) Salta – Rep. Argentina

Teléf. (0387) 422 9473

Correo electrónico: vmhanne@arnet.com.ar

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

Hecho el depósito de ley.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción de esta obra –en todo o en parte–
por cualquiera de las vías posibles, incluyendo fotocopia,
sin consentimiento previo de la editorial.

A María, Tomás y Joaquina

Presentación

Hola, mi nombre es Javier Oscar Champredonde, nací en Pigüé, provincia de Buenos Aires, en el '74.

Actualmente vivo en Santa Clara del Mar y desempeño mi oficio–profesión de trabajador social en el hospital materno infantil de Mar del Plata.

Creo que con esto alcanza para presentarme. Sobre todo teniendo en cuenta que si el libro está en tus manos, lo más probable es que nos conozcamos.

Te dejo que leas tranquilo/a.

Un abrazo.

Manos de la obra

No descuiden mi obra

Caminando por la cocina en busca de algo que resultara comestible, observo el desgaste de los cerámicos sobre los que transito. Inmediatamente recorro a la vieja fórmula: “pisos eran los de antes”, y se activa un juego de asociaciones vinculadas a mi abuelo Tito. Calva y gorra vasca, pingüino y tinto, cuchillo con mango de nácar, carne bien cocida y salero. También: comioncito verde y fábrica de mosaicos, Círculo Católico de Obreros y misa dominical (conocimiento del rito mayor al celebrante), presión alta y todo sangre italiana. Petizo, morrudo y chueco. La curvatura de sus piernas se pasea hoy en los hijos de sus hijas.

Estos recuerdos familiares me permiten reconstruir, parcialmente (¿existe otra manera?), a mi abuelo.

Él, que se fue cuando yo asistía a sala verde, era un obrero dueño de su medio de producción. En realidad, me gusta la idea de “obrero – artesano”. Trabajaba en su fábrica de mosaicos (rectángulo de ladrillo a la vista) ubicada en el terreno lindante por el fondo de la casa. La radio Carolina, con funda de cuero, transmitía tangos hasta que el parlante derramaba lágrimas. Escuché que por un tiempo mi tío Mario fue su ayudante, pero el que se ha fijado en mi memoria a través de las anécdotas, es aquél que tenía un gusto particular por el vino. Al parecer, cuando la abuela Tina les servía el refrigerio, esperaba a que el vaso estuviera por desbordarse para solicitar, con auténtica zozobra: ¡basta, por Dios, basta! La elegancia cuenta, aunque el deseo la supere.

De materiales nobles y un estricto respeto por los tiempos de elaboración, el resultado era inevitable: productos de excelente calidad. Cuentan que no había manera de hacerlo alterar el proceso, aunque fuera imposible detectarlo o que no generara diferencia alguna.

En mi segundo año de la escuela técnica, un día se acercó el profesor de tornería, “Filú” Villalba, y mientras trabajaba me interrogó:

–¿Sirimarco era su abuelo?

–Sí –contesté, sorprendido por la pregunta.

–Ese hombre no hizo plata por honesto –sentenció, y se fue.

Nunca supe el por qué del homenaje, pero la emoción no se ha borrado en mí hasta hoy.

Su carácter fuerte ponía un freno al intento de cuidarlo.

–Tito ¡por favor! aflojá con la sal –le aconsejaba Tina, temiendo por la salud de su marido.

–Dejame comer tranquilo ¡por el amor de Dios! –era la contestación probable.

Las pequeñas rocas blancas iban formando el camino de partida, bien compactadas por su ánimo italiano.

Y el sábado por la tarde... silencio de sepulcro en el patio. Esperaba sus queridas palomas mensajeras, las que heredó mi hermano Alejandro con igual fanatismo. Si hoy viviera, en el tiempo del derecho de admisión, tendría un cartel colgado en la zona del palomar, con el poco recep-

tivo: “Prohibido el acceso y permanencia de toda persona ajena a la colombofilia”.

Hincha de Boca, jamás habrá imaginado ser el manantial de una extirpe riverplatense. Por la alquimia del fútbol, el azul y amarillo generaron rojo y blanco. Sólo la pelota puede producir esa alteración y también algún reto.

–¡No pateen ahí que se van a ensuciar! –nos gritaba, cuando hacíamos el arco junto al caño de salida de la pastina.

Todo esto y mucho más era mi abuelo. Quizás recuerde las cosas que menos lo definían, pero son las que tengo. También se puede agregar que era misión imposible sacarlo de Pigüé, y que prefería el triunfo de River al de Boca, para que su hijo estuviera contento.

Yo lo pienso serio, cabrón y cariñoso, y pobre de los convivientes con el “hoy tengo un mal día” (igual, creo que no era de avisar). Sin embargo, hay una de sus características que más me gusta evocar. Algo que tengo guardado por boca de otros, y que cada vez que lo escucho digo: “ah... era cierto... pensé que lo había inventado”.

Dicen que su caminata era veloz, pero eso evidentemente no le impedía observar. Durante los paseos por las veredas del pueblo, registraba el estado de los pisos y escalones de los zaguanes, que eran de su fabricación. Cuando alguno de ellos no devolvía el brillo esperado, según sus parámetros de exigencia, rodilla al suelo y gorra vasca como paño, daba inicio al lustrado.

Un domingo por la mañana, luego de la misa, acertó a pasar delante de una vivienda que tenía uno de sus pisos en

el living. La ventana estaba abierta y no pudo resistir la tentación de asomarse, para supervisar el estado del mismo. Resultó un mantenimiento mediocre, con grandes posibilidades de mejora. Sin pensarlo demasiado, y favorecido por la baja ubicación de la abertura, ingresó a la misma. De inmediato inició la tarea y su fornido brazo dibujaba círculos sobre el mosaico, cuando se hizo presente la propietaria, alarmada por los ruidos extraños dentro de la vivienda. Con gran sorpresa encontró a mí abuelo entre las patas de la mesa, y le cuestionó:

–Sirimarco ¿qué hace adentro de mi casa?

–Pero señora ¿no vio como está este piso? –rezongó indignado.

–¡Y a usted qué le importa! –gritó la mujer desconcertada.

–Pero señora... ¡este piso soy yo! –dijo el abuelo mientras lustraba con apuro.

Martillo volador

En una tarde gris de un riguroso invierno sucedió algo que todavía hoy no termino de explicarme. Heladas matinales y frías lloviznas eran lo cotidiano, al igual que mi concurrencia al taller de la escuela técnica donde decidí, sin que nadie más sea responsable de ello, realizar mis estudios secundarios. Lo que aún vive en mí de aquel día, lo recuerdo de la siguiente manera:

Desde el espacio que ocupo en el taller, frente a la mesa de trabajo, observo a través de los ventanales la palidez del día. No falta la hoja seca que vuela burlándose desde su presunta libertad, pero sin vida. Tampoco la ilusión de encontrarme jugando en alguna improvisada cancha de fútbol. Entretejo una cantidad generosa de argumentos para demorar la actividad pero es inútil intentarlo, y resuelvo darle comienzo. Antes de mover algún músculo, recorro con la vista el trozo de hierro rectangular que se encuentra atrapado en las fauces de la morsa, al que debo convertir en el cuerpo de un martillo utilizando solo una cierra y una lima (eso si quiero aprobar la materia, claro), y tengo el repentino impulso de salir corriendo de allí pero, todas las vías posibles conducen a la tarea, incluso el escape. La primera pregunta que me acosa es, ¿seré capaz de hacerlo? Las subsiguientes poseen un rasgo de incredulidad ante la primera, ¿es humanamente posible?, ¿alguien lo ha logrado?, ¿cómo?

La necesidad de huir, aún mentalmente, me lleva por caminos que en determinada asociación confluyen con un comentario de la profesora de plástica. Ella, en aparente

referencia a un gran artista, dijo que algunos creen que el martillo ya se encuentra dentro de ese trozo de hierro, y sólo hay que buscar con los elementos indicados, quitando lo que sobra, hasta encontrarlo. Es cierto que no hablé del martillo, pero la idea, creo, se puede aplicar coherentemente.

Devuelto a la supuesta realidad por un ruido metálico, comienzo el trabajo quitando de la superficie lo que presumo cobertura de la figura buscada. Corta la cierra y desbasta la lima, y a juzgar por lo que comienza a mostrarse, o me equivoco de herramientas o el hierro que me tocó no contiene un martillo dentro. Si aceptara este razonamiento tendría que reclamar un nuevo trozo de metal, pero no creo que se dé cabida a esta argumentación. (Quizás no haya comprendido enteramente el comentario de la profesora). Está claro que lo que encuentro no se parece a la herramienta, y la búsqueda me resulta tediosa. Entonces me pregunto, ¿estaré purgando alguna pena por una falta de otra vida, o es tan solo consecuencia de mi decisión de asistir a esta escuela? Y ya impotente, ensayo ¿por qué debo aceptar mis propias elecciones?

Sin respuesta, pero con la obligación de continuar, reemplazo el pensamiento que inicialmente tomé prestado, por otro que en ese momento creo mío. Imagino que al martillo lo debo construir, debo crear a partir del trozo que ha quedado, luego de la devastación inicial. Busco fuerzas en la imagen de esa chica, creo ver cómo me observa mientras trabajo. Rastreo un poco de inspiración en los últimos movimientos que capté de ella. También, pienso que no podré utilizar un “este martillo lo hice pensando en vos”, como frase para la conquista.

Evalúo oportuno plantear la creación de una obra colectiva, con características propias y el aporte de todo el grupo. Pero reflexiono que me acusarán de querer ocultar mi escasa habilidad manual, de haragán, de un intento de subvertir el orden de la clase, o tal vez cosas más terribles, y me desengaño de mi propia casi propuesta.

Retomo la idea anterior y comienzo a trabajar. El tiempo y la tarea van demostrando que crear no genera mejores resultados técnicos o estéticos. Sin embargo, siento una incipiente satisfacción. Algo comienza a cambiar en mi estado de ánimo, y la pertenencia que se va generando con la “obra” vuelve resistible la actividad. Hasta logro fantasear con algún detalle personal. Pero, lo que comenzaba a suceder era demasiado bueno. El inicio de aquel romance con el trozo de hierro-martillo fue sofocado por el comentario devastador del Sr. Rotz quien, acompañado por su mirada que hace nevar en cualquier época del año, me apuñala...

–Cuando termine con la trompa de ese elefante comience con el martillo por favor.

Las carcajadas de mis compañeros recorren el taller.

Ante tal abuso de poder intento algo de racionalidad. Me interrogo sobre mi frustración y surge una respuesta: lo que el profesor (desde luego por encargo del programa) nos obliga a obtener, es un modelo idéntico al que perfectamente acabado nos muestra como objetivo (ilustración del deber). Creo que deben pedirme el mayor esfuerzo y aceptar el resultado, si es lo mejor que puedo lograr. Como sé, o intuyo, que esto no será así al finalizar la materia, pues

un alumno no debe dar razones sino demostraciones, comienza a invadirme una voluminosa ira.

Observo nuevamente el hierro que se deforma por mi intervención, y sin meditarlo lo quito de la morsa que lo aprisiona y lo arrojo con furia contra uno de los ventanales gigantescos del taller. Espero el estallido y la sorpresa de todos. Tengo un grito de furia y satisfacción generando un remolino en mis cuerdas vocales. El deforme hierro vuela y golpea violentamente contra uno de los vidrios. Lo raja en mil pedazos pero no logra traspasar la barrera y queda atrapado, como yo, dentro del taller. Esta visión, que no alcanza a liberarme, aumenta mi desequilibrio. Cientos de burbujas presionan dentro de mi cabeza. Alguien me toca el hombro desde atrás, me doy vuelta enérgicamente y le grito con rabia:

—¿Qué mierda querés?—mientras siento fuego en la cara.

—¿Qué te pasa loco?—me interroga el Chato, dando un paso hacia atrás mientras adopta una posición pugilística, confundido por mi reacción.

No puedo contestarle. Me encuentro turbado ante la escalada de violencia. Giro la cabeza en todas las direcciones para ver si intervendrá algún compañero, si el profesor observa la escena. Descubro, tan entero como siempre, el vidrio que creía destruido. Desconcertado, dirijo la mirada hacia la morsa, y el maldito trozo de hierro se encuentra intacto entre sus dientes. Todo se nubla y lo veo como si estuviera detrás de una cascada. Miro nuevamente al Chato, al cual trato de conformar en una sola imagen, y le digo:

—Disculpame, estaba en otra y me sobresalté.

El Chato, con un gesto que se encuentra entre la bronca y la lastima, me dice:

–Solo quiero pedirte la cierra un minuto.

–Sí, tomá –creo que fue lo que dije antes de comenzar a limar.¹

¹ No recuerdo si los hechos sucedieron exactamente como los he relatado; quizás surgen deformaciones propias del tiempo transcurrido. Precisamente dieciocho de aquellos trece belicosos años.

Manos sin obra

Estrenando oficio

Roque lo había resuelto tan acosado por las circunstancias, que no era correcto definirlo como una decisión. Sólo fue una vía de escape.

Alrededor de las siete de la tarde, cuando todos los gatos son semipardos, se ubicó en la salida de la rotonda, calculando el lugar adecuado para aumentar las chances de que un conductor lo llevara. Algunos consejos de un amigo con años en el rubro, y la ele de metal que pudo conseguir eran todo su equipaje. Eligió trabajar en dirección a la ciudad más importante de la zona.

Mientras actuaba un supuesto personaje, repasó un inexistente plan. Tenía confianza en adivinar el lugar adecuado, las palabras exactas y la maniobra precisa para llevar a cabo la tarea. Vio pasar autos de todos los colores y tamaños, sin éxito. Por tres días se repitió la suerte, pero la constancia tuvo su recompensa al cuarto. Ya vencido, creyó estar equivocado y no respondía a la persona que, detenida al costado de la ruta, le hacía señas para que se acercara. El hombre al volante, de gran porte y barba tupida, tuvo que retroceder y amablemente le dijo:

–Señor ¿tengo que subirlo o puede solo?

–No, por favor, ... disculpe –se excusó Roque– . Es que había perdido la esperanza.

–¿Motivo del viaje? –interrogó el conductor, para iniciar una conversación.

–Tra-ba-jo – respondió entrecortado, como si las sílabas hubieran estado pegadas a su garganta.

El barbudo puso y quitó temas durante el trayecto y Roque, fue transportado por la conversación. Cuando pareció recordar el propósito del viaje, el conductor le preguntó:

–¿Dónde lo dejo?

Habían recorrido los ciento sesenta kilómetros y estaban ingresando en la vecina ciudad.

–Por acá está bien –indicó confundido y con la seguridad de que, alguien o algo, le había robado la conciencia en ese lapso de tiempo. Además, el tamaño del hombre lo había desanimado inicialmente, pero eso era algo que le costaba admitir. Descendió del vehículo con pesadumbre y luego de agradecer, insultos de amplia gama fueron esparcidos por la vecindad.

“Ahora qué mierda hago” pensaba, mientras iba y venía en diez metros lineales. “Quizás tenga más suerte en un comercio ¿a ver si me animo?” se preguntó al observar un almacén desprovisto de construcciones cercanas. La escasa iluminación brindada por el típico foco amarillo a mitad de cuadra, invitaba amablemente.

Ingresó con seguridad, demostrando saber a qué iba. La herramienta, rígida al tacto, dijo presente cuando pasaron lista. Camino al mostrador gesticuló para hablar, pero la patrona le ganó de mano e interrogó:

–Buenas noches, ¿qué desea?

–Cien de paleta y queso –contestó Roque casi en simultáneo con la pregunta, sorprendido por sus propias palabras.

La señora cortó y envolvió prolijamente y él, sin lograr entender su suerte, dejaba allí la mitad del dinero que tenía en su bolsillo (y en los restantes huecos de su ropa y casa). Con el paquete en la mano y reprochándose la escasa capacidad de resolución, fue devuelto a la penumbra de la calle. Casi con felicidad ubicó una garita de colectivo y decidido a no tentar nuevamente a la diosa fortuna, buscó refugio. A la mañana atacaría nuevamente la ruta, pero de regreso.

Eran las tres de la madrugada cuando la escarcha y unas manos que miraba y no reconocía, lo convencieron de realizar un gasto suntuoso: tomar un colectivo local en busca de algunos momentos de calor.

Luego de superados el placer y la curiosidad inicial se disponía a tomar una pequeña siesta, cuando el chofer disminuyó la velocidad de imprevisto. Roque levantó instintivamente la cabeza y las luces del patrullero le congelaron la sangre. El operativo policial no había ingresado en sus cálculos. Por suerte para él, se había ubicado en la última fila de asientos y mientras se quejaba por la maldita inseguridad, descartó el instrumento por la ventanilla del vehículo.

–Documentos señor –pidió el oficial, acompañado por otro que exhibía una amable extensión de su mano.

–No se preocupe amigo, es sólo procedimiento de rutina –dijo el segundo, como justificándose.

–Si claro, lo que diga –contestó Roque. Pero el documento estaba bastante dañado y no conformó a los policías.

–Si fuera tan amable, le pediría que nos acompañara. No lo vamos a demorar mucho tiempo.

–Además, no tiene alternativa –aclaró el apoyo, buscando participación.

–Faltaba más, total ya tengo la noche perdida –respondió asombrado de su ingenio y serenidad, aunque sintiera un pequeño temblor en las piernas.

Entre aprietos (diga la verdad, porque me pongo nervioso y no se en que puede terminar todo esto ¿qué hacía a esa hora en un colectivo local, siendo que usted no es de la ciudad?), justificaciones (es que me perdí; vine a buscar a una tía pero no hubo caso) y conversas (¡ah, la familia! Yo tengo una tía en Uruguay que hace como diez años... Si le cuento no me cree. Bueno, para el mediodía no lo quiero por acá ¿me entiende?), emergió a las diez de la mañana de la comisaría. En ningún momento se le había pasado el susto y las pavas de mate hacían su trabajo. El móvil lo depositó en la rotonda con deseos de éxito y Roque no lograba discernir si lo vivido, era señal de buena o mala suerte.

Bueno, bueno, tranquilo; ahora tengo que volver. Dios ¡una manito por favor! Si ésta sale bien, te prometo que la mitad va a la bolsa en la misa del domingo. Envuelto en un monólogo de autoestímulo, se ubicó para el regreso. La falta de la herramienta no le impediría cumplir con su objetivo. Misma estrategia pero en sentido contrario.

Promedio exquisito. En tres horas iniciaba el retorno, en un vehículo conducido por una mujer con apariencia de labor docente. De la amable conversación inicial, fue sustraído por las delicadas piernas que exhibía su benefactora. Imposible fijar la atención en otra cosa, que no fuera el tramo que iba de la pedalera a la butaca. Luego de reposar un instante en la cintura se ilusionó con el ascenso y descubrió los pechos, que dibujaban formas deliciosas en la camisa que los cubría. Al rostro llegó por inercia. Atrapado en una ensoñación de diversos matices, la voz de la mujer se filtró con una frase que no coincidía totalmente:

–¿En la esquina estará bien?

Como parte del sueño, miró Roque por la ventanilla del auto para evaluar si la propuesta era adecuada y se encontró en la zona céntrica de su pueblo.

– ¿Le parece? – interrogó un tanto sorprendido, pero sin despejar la irrealidad. Y agregó. Donde usted mande, será un placer.

– ¡Perdón! –dijo la mujer. Y esto fue como el chasquido de los dedos para quién se encuentra bajo los efectos de la hipnosis. Del sobresalto, pateó la parte del tablero ubicada sobre sus piernas y se bajó tan abrumado, que pronunciaba excusas al vacío.

Con la marca sobre el cuerpo del sueño vivido, los mates policiales presionando por salir y el paquete de fiambre que permanecía en su poder, regresó pesadamente a la casa. El abrir la puerta y el abarajarlo de su esposa fueron uno. Lo examinó centímetro a centímetro y luego de un rápido cálculo le cuestionó:

–¡Roque, no me vas a decir que cambiaste el picaporte del baño, por eso!

Entrevista laboral

Estaba habituado a este tipo de entrevistas, lo que no impedía que sus manos transpiraran y la boca pareciera contener una cucharada de arena. En la puerta repasó, las veces necesarias para tranquilizarse, las palabras que convenía utilizar delante de su interlocutor. Optaba por desempeñar su oficio arreglando a porcentaje, como un estímulo y desafío para una mayor producción. Nunca se había sentido cómodo en relación estable de trabajo. Además, veía innecesario asumir el riesgo de permanecer un tiempo prolongado en la misma zona. En la billetera llevaba un papel con una frase de su maestro: “La confianza mata al hombre y la sobreexplotación de un yacimiento, reproduce el hambre”.

Cuando atravesó la puerta de la dependencia se percibía cierta ansiedad en el ambiente, aunque como buen profesional se presentaba a la hora acordada. Se anunció con la guardia y, sabedor de estos menesteres, a falta de silla libre se recostó contra el marco de una puerta. Los gestos y movimientos de los presentes denunciaban una espera casi penitente. Al verlos, sintió algo similar a la compasión, pero rápidamente conjuró el maleficio pensando en sus propias necesidades.

El mismo hombre que fue por el corredor para dar aviso de su llegada, de regreso le informó “enseguida lo atiende”. La supuesta prontitud le permitió determinar las dimensiones exactas de la sala contando las baldosas, calcular el promedio de veces que sonaba el teléfono en intervalos de cinco minutos, e identificar las muletillas del habla en cada

uno de los agentes. Él conocía los códigos y esto no era casual. El jefe, marcaba desde el inicio el terreno, aclarando desde qué lado del escritorio se imponían las condiciones.

Ya el entorno había adquirido características de íntima familiaridad para él, y el tiempo transcurrido mostraba rasgos de eternidad, cuando escuchó:

–Pase por acá. Tercera puerta a la derecha. Golpee antes de entrar –emanado de la boca del que hundía con placer sus dedos índices, en las teclas de la vieja máquina.

–Bueno –le contestó, seco, sin más adornos. Él también tenía que orinar las plantitas de ese territorio.

Al empujar lenta pero firmemente la puerta fue descubriendo, sin asombro, un abdomen prominente, vestido por la camisa celeste y unos botones amenazantes, que metían más miedo que una pistola nueve milímetros. “Contra estos no existe chaleco antibalas”, se dijo. Proyectando la parábola que trazarían al salir disparados, todo indicaba que el blanco eran los ojos.

Más panzón que gordo, el interlocutor en el negocio lo invitó a tomar asiento sin grandes gestos de amabilidad. “Siempre hacen lo mismo, salvo raras excepciones”, reflexionó desilusionado, añorando al responsable de una jurisdicción que no necesitaba de estas zonceras para ser temido.

El hombre, representando un personaje de película mediocre, jugaba con una pequeña cápsula entre sus dedos, mientras le trasladó la responsabilidad de llevar a cabo la oferta, después de mirarlos alternativamente, hombre y

cápsula, cápsula y hombre, sin que ninguno de los dos pudiera reprocharle haber sido desatendido:

–Por lo general soy yo quien dice cómo se arreglan las cuentas acá –informó, para añadir luego de una pequeña pausa artificial–. Pero, se me antoja escucharlo.

De mala gana tuvo que iniciar la exposición, ya que la negativa ponía en riesgo más que la posibilidad de generar ingresos. Estaba en juego el pellejo mismo. Un cabo suelto para esta gente es el principio del fin.

–Bueno –dijo nuevamente, y reconoció en ello una fórmula escueta y eficaz–. Mire jefe –continuó– a mí me gusta trabajar solo. No necesito asistentes ni apoyo, lo único, casi sobra aclararlo, es que todos estén al tanto de que me encuentro operando en la zona, para evitar que ocurra alguna desgracia. Sobre todo, porque una de mis particularidades es que no uso los instrumentos que llevan ustedes y la situación sería bastante perjudicial para mí, de sucederse algún encuentro. Por lo demás, atiendo locaciones que no estén ocupadas en el momento de realizar el trabajo, ya que no es mi fuerte la comunicación interpersonal. Como verá, soy más bien un solitario. Otra de mis características es la limpieza y la dedicación especial que pongo en realizar el menor daño posible en el inmueble. Jamás, pero jamás, se han recibido denuncias que no incluyan el agradecimiento sobre este particular –llegado al punto en el que ya se sentía un monologuista y sus labios estaban azulados por la falta de oxígeno, no le quedaba otra opción que abordar el aspecto más espinoso. Respiró hondo, un tanto inquieto por la actitud del otro, en el cual no lograba descifrar un gesto de reprobación o agrado con lo dicho, y continuó tratando

de mantener el mismo tono, aunque sin lograrlo—. Y, ... bueno... en cuanto a los números, no sé como acostumbran aquí...bueno,... yo por lo general trabajo al cincuenta por ciento...

Aquí fue donde el jefe retomó la palabra, de manera fuerte y brusca aunque no violenta:

—¿El qué? El cincuenta de qué pretende muchacho —dijo acomodándose en el sillón y apoyando la cápsula servida sobre el vidrio del escritorio—. A ver, afine la puntería y dispare la última parte de nuevo —invitó.

—Bueno,... lo que pasa es que se arriesga bastante en este negocio...y me parece un reconocimiento... este... puede ser el cuaren...

—¡A ver si nos entendemos carajo! —interrumpió el otro, ahora ya enojado, con una tonalidad rojiza en las mejillas que hacía temer un ataque de presión—. Vos me estás cargando pibe. ¡Qué te crees, que yo me la quedo toda la que me das! ¿Te crees que soy el dueño de la empresa? Yo tengo que remitir parte de las utilidades a la casa matriz nene, ¿no se si me explico? —gritaba entre ademanes, tanto que alguien se animó a entreabrir la puerta, pero fue invitado a cerrarla a punta de pistola—. Dale, y esta vez no le erres, por favor.

El joven entendió que si se dejaba amedrentar por completo, terminaría trabajando sólo por el gusto de hacerlo y la organización se quedaría con todo. Replanteando sobre la marcha su estrategia, con voz firme, pero con miedo, sentenció rapidito:

–Del veinticinco no me bajo jefe, y ya es humillante –para agregar de inmediato, antes de que el otro pudiera decir nada–. Y le pido que esto no salga de acá o voy a tener problemas con los muchachos,... lo que arreglamos va por debajo del convenio colectivo.

Interiores

El pedido

Observando el cajón de las manzanas, que pedían una lustradita, Rubén transitaba la fórmula con características de sentencia: “Las paralelas se unen en el infinito”. Desde la escuela primaria repetía la frase obsesivamente. Lo acompañaba sobreviviendo al olvido y el descarte a conciencia.

Cansado de insomnios y mañanas odiosas consultó a un profesional. Éste le dijo, luego de una compleja argumentación, que ahí estaba presente el temor a la muerte. De aquella experiencia tenía el recuerdo de un “infinito y eterno representan algo sin fin”, y “para acceder a la eternidad hace falta morir”. Pero, el escapar corriendo de la última consulta no colaboró para resolver su problema.

El sol de enero, tan cercano como los pomelos ubicados a su diestra, lo obligó a ponerse debajo del toldo de la verdulería. Refugiado de los rayos del astro, pensó que también lo estaba de cualquier novedad hasta después del almuerzo. Y le costó un momento desengañarse, cuando escuchó la voz de la Sra. Ester, que le decía a los gritos desde dentro:

–Rubensito, llamó doña Martina para que le alcancemos un pedido.

–¡Rubensito las pelotas! Andá a saber donde vive esta vieja – dijo con rabia, previendo el calor que iba a pasar.

–¿Cómo dijiste querido? No te alcancé a escuchar.

–No, nada. Me preguntaba que le habrá pasado a doña Martina –contestó, marchitando las lechugas con la mirada.

–Ah, parece que se cayó de la escalera y se torció el tobillo.

–¿Y yo que culpa tengo?

–¿Cómo Rubensito? –interrogó la dueña de la verdulería–. Hablá más fuerte por favor.

–Decía que pobre Martina –dijo mintiendo con cierta vergüenza y enojo.

–Bueno, bueno, vení para adentro que preparamos juntos el encargue.

Cuando vio la lista, rogó que fuera muy cerca la casa, o que Rogelio llegara temprano con la camioneta. Si tenía que ir a pié, renunciaba inmediatamente. Ya en los preparativos, insólito le pareció que la dueña le cargara, además, una sandía porque a Martina le gustaban tanto, que la iba a alegrar en este difícil momento.

A simple vista le calculó 15 kilos entre las cinco bolsas.

–¿Y cómo cree que voy a llevar todo? –protestó mientras señalaba el bulto con un movimiento ascendente de cabeza.

–Pero si tenemos el carrito. Lo ponés ahí, y ni te das cuenta.

–Fácil decirlo –murmuró entre dientes.

–¿Cómo? –preguntó Ester que ya empezaba a molestarse.

–¡Que hace mucho calor! ¿no se podrá ir un poco más tarde?

–Lo necesita ahora. Ahí está anotada la dirección, dentro de una de las bolsas –dijo clausurando el diálogo.

Con el carro cargado, más consistente que su flacucho cuerpo, buscó el papel con el domicilio. No podía convenirse de lo que estaba leyendo. Repasó varias veces el breve escrito, y dijo:

–La puta que lo parió ¿quién me mandó a trabajar acá?

Decía: Marcelo T. de Alvear, cinco cuadras después de Mario Bravo. Casita blanca de tejas azules (la única de la cuadra).

La verdulería estaba a veinte de la esquina referida, por lo tanto, eran veinticinco si no había ninguna sorpresa. Ya se sabe como las cuentan donde no hay cuadrícula.

Los primeros doscientos metros los consumió en recitar nuevos y viejos insultos, y referir a su desgraciada vida. Lo cruzó a Esteban a poco de iniciado el trayecto, y pensó que era el momento adecuado para hacer el primer descanso. Hablaron del partido de la semana anterior, y de las cosas que debían modificar en el equipo. En la despedida, Rubén intentó distraídamente incluirlo en el recorrido, pero éste se excusó elegantemente con un ¡vos estás en pedo!, y se fue a las carcajadas.

Las cuadras siguientes, también le mostraron oportunidades de solicitar auxilio a los amigos de barrio, pero todos tenían mejores cosas que hacer, como es previsible. Sin embargo, esto le ayudó a asumir que la tarea la debía realizar solo y además, le halló un lado positivo. Quizás era posible utilizarla como entrenamiento para aumentar su resistencia, y evitar la discusión de su lugar en el equipo.

Con esta idea, comenzó a empujar el carrito con toda la furia. Había tomado una velocidad considerable cuando cruzó Mario Bravo, e inició la trepada de la loma, que sumaba la dificultad de ser calle de tierra. Sólo faltan cinco cuadras, vamos carajo, meté si querés jugar, era su aliento.

Avanzando con firmeza y seguridad, luego de recorridos trescientos metros del punto de referencia, observó que la calle tomaba una curvatura hacia la izquierda. Pensó que se había confundido; además, ya raleaban las casas. Se veían muchos terrenos baldíos, y comenzaba el descampado un poco más adelante. Sacó el papel con la dirección, y confirmó que iba bien. ¡Esta vieja sí que camina todos los días! Me parece que hoy se hizo la burra y dijo, ¡que se joda Rubensito!

Las piedras le frenaban las ruedas y la inclinación hacia la izquierda resultó ser leve, como un impulso, en comparación a lo que observó cuando calculaba que faltarían cien metros para la casa de Doña Martina. La calle, viró repentinamente hacia la derecha, para ubicarse en dirección perpendicular a la transitada habitualmente. Todo era extraño, hasta aquellos eucaliptos gigantes y oscuros. Rubén recorría asombrado el camino, por la orientación y el entorno. Contemplando éste, descubrió a escasos metros la casa blanca de tejas azules. Justo en la esquina. Cuando se acercó, con el alivio de haber cumplido, y dejando escapar sus últimas fuerzas, el cartel que marcaba la intersección de las calles, le devolvió una imagen terrorífica. Sus piernas se aflojaron pero a la vez estaban duras, como si fueran de piedra. Vio que Doña Martina salía de la casa y lo miraba con lástima. El tenía ganas de gritarle algo, pero no le salía

ninguna palabra, ni siquiera un leve sonido. La leyenda era imposible. En una de las chapas azules se podía leer Marcelo T de Alvear y, en la otra, Cerrito. Luego de unos eternos segundos sus extremidades decidieron movilizarse, y Rubén comenzó a retroceder mientras murmuraba, ...no puede ser, son... son paralelas, no puede ser, son..., no puede ser. Doña Martina, intentó acercarle un vaso de agua fresca mientras le decía, está muy fuerte el sol Rubensito; seguro te insolaste. Pero él, mirándola ya recobrado, con odio más que terror le dijo:

–Además de Parca, torturadora; ¿por qué no me buscó en la verdulería y listo?

La fila

Al sentarse en la cama, ante la inmensidad de la noche que lo envolvía, recordó la pregunta que aquel hombre había lanzado al aire. Ahora, a él le surgía otra, ¿qué sentido tenía levantarse para integrar una nueva fila?

Sin respuestas y temiendo quedar atrapado en su casa como en otros tiempos, recorrió con esfuerzo el zaguán que lo condujo hasta la calle. Una monótona caminata lo depositó en la espera. Las personas que allí se encontraban, ratificaron la sospecha de cada mañana: es imposible llegar primero, siempre hay alguien parado antes que uno. Esto, es casi una verdad pensó, y se le dibujó una mueca en la cara.

Apoyado en la pared, buscaba en que distraerse para ignorar que la fila permanecía inmóvil. Sin querer, recaló en la casa velatoria ubicada al otro lado de la avenida. Las primeras imágenes lo llevaron a su pueblo, a esa necesidad de evitar la funeraria, porque si la habitaban, las letras devolverían un nombre conocido. Era el intento por escapar a esa sensación de tiempo lentificado, donde la mano se desplaza agobiada y la vemos en una secuencia infinita de cuadros. Pero en la ciudad, donde esperaba, las personas parecían no estar afectadas. Como todo acuse de recibo, quizás decidían cruzar la calle. Y los deudos, miraban como suplicando cambiar de lugar, y también prometiendo que en algún momento lo ocuparás, o recordándote lo sepultado.

Con la necesidad de una imagen viva, pensó nuevamente en su pueblo, y vio una llovizna de piedras sobre un pequeño espejo de agua. Caían lenta y constantemente, formando círculos que se unían y atravesaban unos a otros.

Un empujón lo regresó a su puesto de espera. Nunca supo de donde provino, pero lo puso en movimiento. Abandonó la fila y en la vereda de enfrente, junto al nombre del difunto, abrazó a una mujer que lloraba. Antes de que ella pudiera reaccionar, él ya se había marchado.

El hombre de lágrimas

Hubo varias versiones a su llegada, algunas sin eludir el misterio. En realidad, no podría decir qué generaba esa sensación. Quizás era nuestro aburrimiento. Sin embargo, el tiempo pasó y se fue haciendo parte del pueblo. No importó la ausencia de una historia verificable. Sólo contaba con supuestas experiencias laborales, que se pudieron contrastar con la práctica, y no más que ello. Generó una vida parecida a la de todos, salvo por un detalle que fue evidente en el velorio de Juan, su único amigo. Un dolor imposible se adivinaba en los gestos de su rostro, que parecían ahogarlo. Nadie se animaba a preguntarle por esa desértica expresión. Las vecinas mencionaron el episodio a su esposa, quien nunca se atrevería a interrogarlo.

Cuando comenzó la investigación, la mujer dijo que él recibía correspondencia de algún lugar, que no pudo determinar. Tomaba las cartas, y se encerraba a leerlas o vivirlas. Salía del cuarto con los ojos cristalizados. “Si un ojo de esos hubiera caído al suelo, habría estallado en mil pedazos”, contó. La única frase que pronunciaba, en una voz melancólica y monótona, era: “si lo lograra todo sería diferente, si pudiera hacerlo de nuevo”.

Después de aquel velorio, comenzaron a llamarlo el hombre sin lágrimas.

Alguien contó que Juan, en una noche de generoso vino, dijo que su amigo perseguía dolores para motivar el esquivo llanto. Luego negó sus dichos, y la coartada era la cantidad de alcohol en sangre pero, la versión se instaló.

Según el relato de su esposa, esa mañana, de un particular calor, recibió una de las habituales correspondencias. Repitiendo la escena se encerró a leerla y ella, se quedó junto a la puerta. Divagando en sus propios laberintos, la sorprendió un leve quejido. Al momento era un sollozo, y las primeras evidencias claras de un llanto que transmitía un inmenso alivio. Pero, la extensión de aquel suceso comenzó a preocuparla, e intentó hablar con su esposo. No obtuvo respuesta. La traba le impedía el ingreso. Bajó las escaleras y fue en busca de colaboración. Cuando derribaron la puerta, las prendas caían al suelo, y una leve niebla escapó por la ventana. La carta, junto al montón de ropa, estaba desintegrada por el contacto con el agua.

Los días de lluvia tenue, ella sale al parque y baila, mientras susurra: “mi amor, ... mi amor ...”

Un jugador solitario

Las primeras luces de la mañana se filtran por el cortinado, que intenta mantener la habitación con la mayor oscuridad posible. Roberto Gandulfo sueña, vive, una jugada memorable. Parado en la media luna del área rival espera el centro desde la esquina derecha, viendo de frente el arco. Vuela la pelota directamente hacia su ubicación. Roberto la envuelve con el empeine, girando sobre su pierna de apoyo bien firme en el pasto. La bella, disparada por su espectacular bolea ingresa en el ángulo superior izquierdo del arco, inalcanzable. La emoción le produce un golpeteo telegráfico en el pecho, se encuentra a punto de explotar en un grito glorioso cuando el despertador lo interrumpe.

Se levanta, casi en un sollozo por el festejo que no pudo ser, pero continúa algún partido, que jugó o anhela. Camino a cumplir con el aseo matutino define por debajo del cuerpo del arquero, con un par de medias sucias tiradas en el suelo, que patea abriendo el pie derecho e inclinándose hacia su izquierda. Al abrir la puerta del baño la multitud lo abraza, el Deportivo Argentino escapa agónicamente al descenso guiado por la maestría de su hijo dilecto.

Se lava la cara, se refresca luego de las emociones vividas en la agitada noche y vuelve a la habitación, o al vestuario, para cambiarse. El trabajo espera.

Cuando atraviesa el pasillo que lo lleva del departamento a la puerta de calle, o lo deposita en la cancha, las hojas del otoño lo reciben como papelititos arrojados por una hinchada que reclama el campeonato.

Sale, salta el escalón, pisa primero con el pie que se encuentra en línea con la cinta de capitán. Camina la primera media cuadra pensativo. Desea vivir, soñar, otra jugada de novela. Quisiera volver al mundo onírico, donde todo parece más real.

Al dar vuelta en la esquina se da cuenta que tiene nuevamente la pelota en sus pies, la pisa y mira con suficiencia a los pibes que vienen caminando de frente. Sabe que la clasificación depende de él. Los encara amagando un pase largo, salen dos en línea, le mete un caño al que esta recostado sobre su derecha y escapa entre medio de ambos. Un error de novatos en la marca piensa Roberto y avanza. Los chicos ni se enteran de su participación y continúan, medio dormidos, hacia la escuela. Levanta la cabeza y ve a uno de sus compañeros abierto a su diestra, frena, engancha, hace pasar a uno de largo y le pega con tanta precisión que la esférica le cae al otro unos centímetros adelante, justo para llevársela en pleno pique. Roberto corre hacia el arco rival. Sabe que el centro que vendrá es suyo. Cuando salió la pelota de sus pies, ya sabía como resolver en la definición de la jugada. Cumplen con el envío al corazón del área y entrando a la carrera mete un frentazo de pique al suelo, al palo izquierdo del arquero, el cual al venir retrocediendo para mejorar su ubicación queda a contra pié. Un tremendo gol. Tan conmovedor como la bocina que lo devuelve a la realidad, ya que estaba a punto de cruzar sin darse cuenta.

Del otro lado de la avenida Gandulfo espera el colectivo quinientos cuarenta y dos, ese que lo deja a tres cuadras de su trabajo. Lo ve aproximarse y extiende el brazo. De inmediato se da cuenta que algo ha cambiado. No reconoce

al chofer, y tampoco a los demás pasajeros. El sueño, y lo que vino después, lo demoraron más que de costumbre. Observa con atención a los compañeros de viaje. Piensa que no sabe absolutamente nada de ellos, al igual que de los ocasionales viajeros de todos los días. Se pregunta qué hace en un mismo espacio físico que avanza con rumbo conocido, con personas desconocidas, que sólo son parte del paisaje urbano para él. Comienza a sentir una sensación que lo incomoda, como una soledad invadida.

El tiempo que dura el viaje se desvanece como un suspiro, hasta que el colectivo dobla bruscamente y Roberto, reponiéndose, ve que la próxima parada es la suya. Inicia un recorrido hacia la puerta trasera plagado de fricciones que le recuerdan un gol de cabeza que soñó hace un tiempo. Viene el centro por un tiro de esquina desde la izquierda, el área es una batalla campal, se producen agarrones, mordeduras de orejas, todo lo imaginable. El primer central del equipo contrario lo marca de una manera tan cercana, que cree escuchar una música de acordes lentos y teme ser invitado a bailar. Entonces, amaga ir hacia el primer palo y cuando el marcador lo quiere seguir él se frena, clava los taponés y con un empujón sutil lo hace seguir de largo, luego vuelve sobre sus pasos y se despega de la verde hierba como un ser alado. Se destaca sobre los demás jugadores por al menos veinte centímetros, impacta la pelota con el parietal derecho y ella, la redonda predilecta de los domingos, acepta el recorrido que le propone y luego de picar en el suelo ingresa junto a uno de los palos del arco. La parcialidad delira y Gandulfo vuela del colectivo o se pasa de largo.

Al tocar el piso siente una conmoción. Como si el contacto con el suelo, aunque no fuera de lo más elegante, pues debió dar unos pasos aligerados para no terminar de nariz en la tierra, le hubiera obsequiado una clarividencia. Roberto se dio cuenta de que era el actor principal y excluyente de los goles y jugadas. Sus compañeros, aquellos que distraían marcas, que tiraban los centros que él definía, de abrazos enloquecidos en los festejos, eran muñecos sin nombre ni rostro. Sólo él para recibir la recompensa de los ganadores.

Un malestar que provenía de su estómago se alojó en la garganta dificultándole la respiración. Un frío austral de viaje por su espalda en dirección ascendente, lo hizo curvar para intentar neutralizarlo. Retornó la sensación vivida en el colectivo, y supo que en realidad nunca lo había abandonado. La amalgama de recuerdos y fantasías lo confundió.

Sin lograr reponerse y en un intento por nivelar sus emociones se expresó a viva voz interpelando a los ocasionales caminantes:

—¿Desde cuándo estamos tan solos?

Razones sin

Encrucijada

Todos dieron las insignias por auténticas. Yo no las vi. No estaba el día que en la casa de su abuelo, Jorge se mostraba con ellas. Lamento esa ausencia.

–Para mí, son –dijo Rubén, tan seguro como breve.

Del hallazgo (aunque más bien era una delación involuntaria), nos inquietó la posibilidad de descubrir a uno de ellos. De alguna manera participábamos del misterio que, aun hoy, los rodea. También surgió un sentimiento heroico y la necesidad de hacer algo con el secreto develado. Corresponde aclarar que no eran sensaciones absolutas, ni totalmente compartidas pero, resolvimos investigar.

El archivo municipal de diarios y algunos libros, fueron el primer material consultado. Después, las personas que habían vivido aquella época. Nos propusimos el mayor sigilo y discreción pero fue inevitable generar, al menos sorpresa, por el interés en el tema.

Con los primeros resultados en nuestro poder confrontamos fechas, historias referidas, lugares señalados, quiénes colaboraban con ellos (ciertos nombres, conocidos por la mayoría, nos sorprendieron; tanto como la naturalidad y adoración con que eran mencionados). Todo dato era de utilidad a la vez que sorprendente y desgastaba la ternura del abuelo.

–Pero, si es un pan de Dios el viejo. Nunca tuvimos un problema. Hasta nos presta el equipito de pesca para la laguna –rezongaba Esteban ante nuevas evidencias.

Debo confesar que al principio todos negábamos la posibilidad, o quizás sólo deseábamos que no fuera.

–Son cosas de Jorge, que ya no sabe como llamar la atención –dijo Osvaldo, en busca de su propio convencimiento–. Seguro que las encontró por ahí.

Creo que llegamos más lejos de lo imaginado al iniciar las averiguaciones. Algunos se vieron sobrepasados, y se planteó la duda de continuar o dejar todo en ese punto. Ante la indecisión, argumenté que no debíamos resolver sin hablar con Jorge.

–Claro, porque no estabas ese día de las medallas. A vos no te va a reclamar, no pones en juego la amistad –me increpó Esteban.

Entendí su reproche, pero me pareció injusto. Si hacíamos algo, yo también sería juzgado de la misma manera. Acordamos llevar a cabo una reunión en la que se discutiría el asunto con él.

En la antesala del encuentro se percibían los nervios. Arriesgábamos la sobrevivencia del grupo, y toda una historia compartida (que hasta ese momento era casi toda nuestra historia). Cuando lo confrontamos con los hechos, Jorge nos dijo que él no podía estar de acuerdo con aquellos horrores pero que, con el paso del tiempo, se había exagerado sobre la actitud asumida por su pueblo. Protesté enérgicamente. Me molestó muchísimo esa aclaración. Discutimos. Osvaldo cerró filas conmigo. Esteban, en cambio, pidió que no cargáramos las tintas sobre Jorge, lo sucedido era de tiempos previos a nuestra existencia, y él no tenía nada que ver. Roberto, como siempre, confundió con

su discurrir sin tomar una postura definida. Está de más decir, que de esa reunión no quedó nada en claro, salvo que se perfilaban dos bandos, cargados de creciente bronca y melancolía, producto de la necesidad de imponer los propios argumentos, y por lo que todavía era, pero pronto dejaría de serlo.

Esa noche di mil vueltas en la cama como atrapado en una rotonda. Volvían los argumentos vertidos por ellos, y las respuestas ingeniosas y devastadoras que no logré ejecutar. Buscaba, además, una solución al conflicto. Con Osvaldo habíamos discutido sobre qué era lo correcto. ¿Debíamos pensar en nuestro amigo o en las víctimas del abuelo?; ¿podíamos reparar algo de la historia o sólo haríamos un nuevo daño?

Si callábamos por Jorge, le evitaríamos un gran dolor, pero nos torturaría por siempre el silencio.

Un punto era claro, los años del viejo no lo liberaban de su responsabilidad. En este sentido no había lugar para la duda. Debíamos denunciarlo.

Sin embargo, Jorge sentiría que en ese acto entregó a su abuelo, al que no puede dejar de querer; y nos confesó, nunca se animó a preguntarle si esos símbolos eran propios. Sin saberlo, además, él era otra de las víctimas.

Todo esto perturbó mi sueño indefinidamente.

Rescatado por la claridad del día recobré cierta calma. Con el desayuno hecho una roca en mi estómago, llamé a Osvaldo, y le dije que me sentía excedido, que no podía hacer lo que creía que debíamos hacer. Con verdadera rabia protesté:

–Este Jorge es un boludo; ¿para que tenía que mostrar esas mierdas?

Lo primero que hizo Osvaldo fue enojarse y putearme. Luego, reconoció que le pasaba lo mismo y esperaba que le hablara con mayor convicción para animarlo. Estábamos solos en esto. Los demás, por dicho u omisión, ya se habían pronunciado. Con resignación dijo que, a la tarde, vendría a casa con el número de teléfono. El tiempo transcurrido con posterioridad a la comunicación no existió, pero tardó una eternidad en concretar su inexistencia.

Al escuchar la voz, llamando desde la vereda, lo pensé como un recuerdo, pero era tonto retrazarlo. Le abrí con fastidio, y noté su molestia por encontrarme. Es que juntos, y con el número, algo tendríamos que hacer. Cuando sacó del bolsillo el papel, noté el temblor de su mano, y al tomar el tubo del teléfono, la humedad de la mía.

Colormundo

Por increíble que parezca, a lo largo de tantos años de reuniones en el club junto al fuego, las cartas y los vinos, nunca se abordó tema que involucrara a los colores. En política o economía: ideas y hombres destacados. En el fútbol: intérpretes virtuosos o equipos que transmitían claramente su “filosofía”. Quizás en el amor son inevitables, será por ello que nunca nos enredamos en asunto tan espinoso.

Pero ese jueves fue distinto. La conversación, en carambola inexplicable, derivó hacia los colores de nuestra bandera. Rodolfo, con tono grave y poniéndose de pie, disertó sobre cómo su creador, inspirado por Dios, había tomado el rojo de la divisa enemiga, en homenaje a su maternidad, y el azul del uniforme propio, para el nuevo estandarte de la Nación. Y ya, con voz entrecortada, dijo antes de caer en la silla:

–La querida insignia patria, nacida de la gesta de nuestros próceres, se la debemos al General Restrepo. Suerte hemos tenido de que no triunfó el intento del insolente, con su pálida creación.

Al término del breve discurso, vi como Jorge lo abrazaba emocionado y, a la vez, el desconcierto de Ernesto. Mi hipótesis inicial sobre el origen de los dichos: ingesta excesiva de vino tinto. Sin embargo, nuestra perplejidad aumentó cuando tomó la palabra Jorge, agregando que “el profundo rojo proviene también de la sangre que derramaron nuestros hermanos mayores, para defender el terruño predestinado”.

Cuando me disponía a preguntar por el sentido de tan absurdos discursos, Ernesto me anticipó con una interpelación a los otros dos, dejándome atónito:

–Lo de la “pálida creación” lo podemos debatir pero ¿de donde sacaron que la bandera es azul y roja?

En principio festejé esa frase, pensando que los quitaría del tono retórico. Pero, de inmediato se apagó esa luz de esperanza a la que me aferraba.

–Si es una broma, agradecido, pero la bandera es más bien marrón y gris –remató, para desparramar mi ilusión. Y dijo como si intentara provocar un desastre–. Además, fue una pena que malogran esa bella iniciativa de Belgrano.

La respuesta surgió como un resorte:

–Pero será posible escuchar semejante ofensa de la boca de un amigo ¡Qué pretendés atacando nuestro símbolo de unidad! –gritó Rodolfo, quien llevaba en la cara el rojo de la insignia. Y cuando los pensé calmados, agregó Jorge:

–No me resulta extraño en este contexto la referencia a ese ensayo de bandera, nacido de la desobediencia al poder central.

Hasta aquí llegó la calma de Ernesto quien, sin intentar aclaración alguna, se fue al grito de, “métanse su bandera en el culo”. Yo, seguía sin entender, pero con escasas ganas de preguntar luego de las últimas acusaciones. Ingenuamente pretendí tranquilizarlos, cambiando el tema de conversación.

–¿Saben a cuanto compré la lechuga? –pregunté como al pasar.

Por las miradas que me lanzaron, de inmediato renegué del intento y me ganó un cierto temor.

—¿Pensás que estamos para ensaladas después de lo que acabamos de escuchar?— fue el comentario que me otorgaron.

Las personas que ocupaban los lugares cercanos al nuestro se veían sorprendidas. Dos señores de buen comer y bigotes certeramente delimitados, luego de intercambiar algunas palabras al oído, se acercaron a nuestra mesa.

—Mis queridos Rodolfo y Jorge, ¡qué difícil momento debieron atravesar ante el impertinente! —dijo uno de ellos tomando asiento.

El otro, sin ningún reparo, antes de imitar a su compañero preguntó en descarada alusión a mi persona:

—¿El señor es de confianza?

Sin lograr una respuesta, comenzó a exponer sobre los peligros que acechaban a la patria, y la necesidad de mantenerse alerta para defender el orden actual. El tono y la severidad aumentaron sílaba tras sílaba, y mi terror de manera proporcional al tono. Los recién llegados eran personas con cierto poder en el comité donde comenzaban a participar Rodolfo y Jorge, y allegados al Presidente. Increíblemente aún, pero sin dudarlo, aproveché un instante de distracción al desmoronarse una señorita por quebradura de taco, y me esfumé del lugar. Tiempo después supe que esta actitud preocupó a los dos señores del comité, aunque menos que los dichos de mi otro amigo.

Por la noche, ya más tranquilo, todo me resultaba absurdo. Quizás Ernesto no había registrado de qué bandera hablaban por sus frecuentes distracciones, y como muestra, los colores que mencionó eran más que insólitos. Por otro lado, probablemente los del comité buscaban impresionar a los muchachos para aumentar su influencia.

A la mañana, como siempre, junté el diario en la puerta para leerlo en el desayuno. La sangre se me coaguló cuando observé, en la foto de tapa, a uno de los bien alimentados acompañando al primer mandatario.

Los títulos me sorprendieron. Las noticias no tenían relación con el estado del país hasta el día anterior. Hablaban de desplazamientos de las fuerzas armadas para proteger las fronteras y de medidas de seguridad en las ciudades más importantes. Se prohibían las movilizaciones de cualquier tipo, incluso las de apoyo al gobierno (como si éstas últimas fueran posibles de manera espontánea). Estaba anunciada una comunicación del Sr. Presidente por cadena nacional.

Por la tarde, el mensaje presidencial aludió a la importancia de los símbolos nacionales y el peligro oculto en la ofensa a los mismos. La verdad, no entendí nada.

El domingo, pensé que era oportuno llamar a Ernesto. Atendió un tanto nervioso, quejándose de su daltonismo y de la intolerancia de los demás. Me incluyó en una mayoría que los acusa de distorsionar la realidad. Gritó:

—¿Cómo saben que no son ustedes los que ven mal los colores? ¡Claro, como son más y tienen todos los medios para imponerse, creen tener la verdad absoluta! —luego,

bajando bruscamente la voz, casi hasta lo imperceptible, dijo— para colmo los asiste la medicina.

Al preguntarle de qué me hablaba, me contó sobre su problema y que se había cansado de dar la razón a los demás para no generar inconvenientes.

—Pero, —me dijo con voz telegráfica— lo que me asusta un poco son los tipos que me siguen desde el viernes a la mañana.

—¿De qué hablás Ernesto?

—Y..., dos tipos me siguen. No entiendo por qué. Para mí que tiene que ver con la discusión del club.

—No exageres. Está bien que los dos se pusieron como poseídos, y que los otros tipos intimidaban un poco, pero...

—¿Qué tipos? —me preguntó sobresaltado.

—Dos conocidos de Rodolfo y Jorge que...

En ese momento sonó el timbre de su casa, y me dijo que me llamaba más tarde porque seguro era la hermana, a la que le había pedido unos pesos.

El jueves siguiente, sentí un profundo deseo de no conocer a Rodolfo y Jorge, y de que las reuniones fueran producto de mi imaginación. Pero, al club llegué primero, probablemente apurado por el susto. Mis ¿amigos? Llegaron juntos y saludaron con cierta complacencia por encontrarme. Durante la comida, traté de no tocar el tema de la semana anterior. Ni siquiera referí a la notable ausencia de Ernesto. Pude actuar sin sobresaltos hasta que Rodolfo me dijo que, con este simple gesto, había demostrado fidelidad

a la causa nacional. Aunque yo no me podía ver, sé que me puse muy pálido. Traté de continuar como si la frase no implicara cosas mayores, y me retiré lo antes posible.

Durante toda la semana siguiente intenté comunicarme con Ernesto, pero no hubo caso. Según comentan viajó fuera de la ciudad.

A los almuerzos fui en dos ocasiones más, para no despertar sospechas de algo, aunque no sé de qué. Después, sentí que de los tres sobraba uno, y yo era el número impar.

...y hace tres meses que de Ernesto, nada. Igual no puedo creer las cosas que cuentan. No deben ser...Ni idea a donde viajó este loco...

Portales

Nunca se le hubiera ocurrido a Rogelio

Nunca se le hubiera ocurrido a Rogelio que, una decisión tan circunstancial, pudiera cambiarle la vida de esa manera. Primero ¿la panadería o el almacén? Al recordarse parado en Estrada y Cordero de su Cinco Saltos natal, el momento previo al accidente, surgía la pregunta sin solución ¿por qué no fui para lo de Coqui?

La secuencia que logró construir se basó en el relato de los testigos. Él había cruzado con pasos de sonámbulo la esquina de toda la vida. La señora dobló con el Fiat, como era su hábito. El impacto lo puso a volar como un gorrión. Ella gritó aferrada al volante, mientras él caía desarmado sobre el asfalto. Que la conductora se desmayara, era previsible.

La película que le contaron continuaba con la ambulancia, el traslado a Neuquén por falta de cama en el hospital de Cipolletti, el puente a Centenario cortado:

–Damos la vuelta por el dique Ballester –indicó el chofer.

–No burro, por el puente grande –repuso el acompañante– ¿Qué querés, que se nos muera el tipo?

–No, che, sólo quería pasear un rato.

Su operación y larga estadía en el Castro Rendón y el posterior paso al Bouquet Roldán para rehabilitarse; todo el periplo hospitalario con lujo de detalles. También, el incondicional acompañamiento de su esposa.

Nunca quiso saber quien manejaba (ni el auto, ni la ambulancia).

Cuando volvió, la prótesis de platino en la cabeza reemplazando parte de la osamenta, era el comentario y atracción del pueblo (dicen que desbarataron una banda que planeaba extirparle la placa para su venta).

Fue el inicio de una nueva secuencia: la procesión de visitantes, las tomografías expuestas como curiosidad y al tiempo los chistes fáciles: “Che ¡vos siempre el mismo cabeza dura! Y los domingos en la cancha, cuando jugaba Experimental: “tirale el centro que Rogelio cabecea ¡pobre arquero!”. También en la calle, durante sus caminatas: “Animate, comprá la moto que ya tenés el casco”, y otra variedad de ocurrencias que tuvo que soportar (tenía prohibido por prescripción médica: disgustos y peleas a golpes de puño).

Todo fue sucediendo de tal manera, que no supo qué pensar cuando escuchó las primeras voces. Casi naturalmente se abocó a tratar de entender qué decían. Era confuso, como varias personas hablando a la vez pero en conversaciones independientes. Una reunión con música de fondo, quizás. Imposible descifrar algo, un esfuerzo inútil que agobiaba. Decidió callarse por evaluar riesgoso exponer lo que le sucedía. Era claro que inmediatamente lo llevarían con un psiquiatra, ante un síntoma inequívoco de esquizofrenia.

Cuando pudo recoger los primeros frutos (que no fueron peras y manzanas), hubo un dato saliente que le llamó la atención: los pequeños diálogos que logró descifrar incluían

temas, palabras y expresiones desconocidas por él. ¿Cómo había generado aquellas interacciones? ¡Y la música! A veces impenetrable, en otras oportunidades era un placer, sonidos celestiales que lo transportaban y no podía clasificar.

Atrapado en su propio mundo, la esposa observaba que algo no iba bien y él ya no sabía como evadir los constantes interrogatorios ¿Cuánto tiempo más era posible vivir encerrado en sí mismo, buscando solo una respuesta? ¿Cómo conjurar este embrujo?

Era necesario confesarle lo que ocurría a su Rosa, a la compañera inseparable. La decisión fue tomada, pero un extraño episodio apresuró todo. A las tres de la mañana Rogelio gritó en la oscuridad, mientras se sentaba en la cama:

–¡Un lobo entre los lobos!

–¿Qué pasa Rogelio? – preguntó Rosa entre dormida y angustiada, ante una nueva evidencia.

–Nada Rosita,... nada. –replicó él sin convicción.

–Decime ¡por favor! –suplicó la esposa.

Sin margen para el engaño le contó el sueño.

–¡Pero Rogelio! –lo calmó ella mientras le acariciaba la cara– ¡Qué tenemos que ver nosotros con los lobos marinos de Mar del Plata! Quedate tranquilo, ya vamos a ir de paseo.

Para distraerlo, encendió el televisor. Por qué no estaba sintonizado un canal de deportes en la casa de ese hombre,

es todo un misterio, pero nada comparado con el lobo marino que batía sus aletas entre sus famosos congéneres de cemento. Los dos se abrazaron aterrados y él contó la verdad. Cuando Rogelio pronunció la última palabra, callaron hasta la salida del sol. Éste, pareció traerle a Rosa una respuesta. La operación había generado en su esposo una sensibilidad especial, que le permitía percibir eventos que sucedían a gran distancia. Quizás, y no sería extraño, pudiera adelantarse a los hechos. Sin duda era un fenómeno paranormal. Y como sucede en tantas conversaciones, el tema fue avanzando y esa mañana vieron prefigurarse un negocio, pequeño, una justa reparación por aquel desafortunado accidente. Tal vez el encontronazo con el auto había sido un equilibrado precio por el don. Después del almuerzo conversaron sobre un delicado tema: como generar ingresos sin lucrar excesivamente. Y los interrogantes se sucedieron: la nueva facultad de Rogelio ¿era un don o una propiedad? Un don ¿es una propiedad o confiere un oficio? ¿Quién fija el precio de la consulta?

Pasado un tiempo y con la tranquilidad que brinda compartir un secreto, Rogelio había logrado dominar aceptablemente el fenómeno y le era posible seleccionar, cuando se presentaban, alguna de las “conversaciones” sobre otras. Sólo le preocupaba un sonido molesto, perturbador, que se produjo al pasar por debajo de unos cables de alto voltaje. Empujado por ello, inició una pequeña investigación sobre las diferentes señales que viajen por el aire. Ante los hallazgos, le pareció increíble la cantidad de ondas que atraviesan nuestros cuerpos. La conexión entre los datos que obtuvo, lo ayudaron a sospechar qué podía estar sucediendo. Una idea comenzó a perseguirlo hasta que

decidió confirmarla o lograr su refutación. Utilizó para la experiencia su querida radio Siete Mares, que descansaba sobre la mesada de la cocina. Seleccionó en la cabeza una de las voces y encendió el aparato. Fue girando lento la perilla del dial y en la frecuencia de emisora Comahue, escuchó su propio pensamiento. Casi sin sorpresa develaba el misterio, pero inmediatamente pensó en Rosa y la ilusión de la justa recompensa. Su Rosa. En una reacción casi instintiva por protegerla del gran desengaño, le gritó:

—¡Rosa... Rosita, no sabés,... con lo caras que están las pilas!

El Todoscopio

*"...cuando todos te dejen en el living
a solas con tu húmedo bigote
y la mirada opaca como nunca
y el tocadiscos que se detiene solo..."*

Mario Benedetti

Cuando en medio de la lectura trastabillé con aquél término, al artefacto que saltó ante mis ojos, lo asumí como un producto de la imaginación. ¿Qué otra cosa podía ser? No se conocían, hasta el momento, noticias de una máquina oculta en un poema. Era inadmisibile el suceso y la soledad, como compañera, no contaba con atributos para desmentirlo. Un tanto perplejo, busqué tranquilizarme y razonar. Una posible solución sería el regreso al momento en que tergiversé la palabra y mediante una correcta lectura, desaparecer lo develado. Leí y releí el vocablo infinidad de veces, pero sin buscar había resuelto la clave y dicho el abracadabra. Los sucesivos intentos resultaron fallidos, y con angustia acepté que demandaría un gran esfuerzo llevar a cabo la tarea. Pero, también era una oportunidad para comprender de qué se trataba y en ese sentido avancé.

Tenía ante mí una especie de casco minero, equipado con auriculares, antiparras de vidrios color violeta, una correa para ajustar por el mentón y pequeñas ventosas en el interior. Atrapado entre la sorpresa y la curiosidad, me generaba cierto temor la idea de colocármelo. Pero ¿de qué otra forma era posible resolver el para qué de ese aparato?

Otros aspectos que me inquietaban, eran el procedimiento empleado por Don Mario para ocultarlo allí, qué lo había

motivado, cómo llegué a deformar la palabra que lo materializó y, sobre todo, por qué me tocó a mí el libro que lo contenía.

Luego de examinar lo aparecido largo tiempo, surgieron algunas ideas muy básicas sobre su utilidad. Quizás permitiera escuchar conversaciones a gran distancia y, en simultáneo, atravesar visualmente los objetos sólidos según el deseo, que sería captado por los sensores del “casco”. Este aspecto en particular me entusiasmó sobremanera y decidí afrontar la experiencia. Al instante, se dibujó sobre la parte frontal de la máquina su nombre: “*Todoscopio*”. Cuando lo leí, pensé ¡hasta permite archivar!

Tuve que calzármelo y conectar todos sus dispositivos a los míos, al tiempo que una cosquilla recorría mi cuerpo. Los sensores-ventosa se adhirieron automáticamente al cuero cabelludo. Al principio vibró un poco, y desilusionado pensé que se trataba sólo de un extravagante masajeador capilar (lo mismo mal no venía). Pero creo que el desajuste inicial estuvo causado por la falta de uso. Recorrí la casa sin percibir ningún tipo de señal, salvo el curioso color violeta que le proporcionaba a las cosas. Todo cambió cuando, a riesgo de parecer un loco, salí a la calle para probarlo en el exterior. Ante la visión de la primera persona que crucé, realizó unos pequeños destellos y comenzó a funcionar. Cualquier ser humano escuchado por el Todoscopio ya no podía guardar secretos ante mí. Embelezado por la novedad y mientras observaba a desconocidos, me divertía, causaba asombro y también horror. Todos, de alguna manera desnudos ante mí (aunque no era de la forma anhelada). Caminé invadiendo las personas

impunemente y sin el menor cuestionamiento, hasta que encontré un conocido. Me vio y se acercó a saludar. Evidentemente sólo era visible a mis ojos, porque inició una conversación trivial, sin referir a la presencia de la máquina. Además, pretendía mantener la charla mientras yo, no soportaba más la escena. Con el poco espacio que me quedó para crear algo propio, inventé una excusa y emprendí la retirada.

Ese día tuve acceso a cosas que no es posible manejar y desmienten descarnadamente la simple apariencia de las personas.

Bajo la sombra de un árbol, intenté quitármelo pero fue imposible. Algo lo sujetaba más allá de la correa. Sin un plan reinicié la marcha y un tanto distraído miré hacia una vidriera donde estaba reflejado. Del espanto, retrocedí para protegerme de lo que comenzaba a ver y terminé de espaldas dentro de una fuente de agua. La verdad es que no lo lamenté. El contraste generado por la inmersión de mi cuerpo, que a esa altura hervía, y el fresco líquido, me quitó de la visión. Con ayuda de algunos peatones, que intentaba no mirar, salí de la fuente y quedé sentado al sol para secarme. Tenía que encontrar la manera de desprenderme de él. No era posible regresar a mi mundo cotidiano y usurpar la intimidad de los míos. ¿Qué cosas tendría a disposición sin saber qué hacer? ¿Cuántos errores debería aceptar? Era preciso buscar un refugio, y tener la precaución de evitar todo material que devolviera mi imagen. Admito que es importante conocerse, pero no es deseable hacerlo de forma tan abrupta.

Pasé tres semanas encerrado en un sótano y sólo por la madrugada me permitía dar un paseo. Ya extrañaba de manera insoportable el misterio que guarda cada persona y ese juego constante por develarlo cuando, un grupo de jóvenes compartiendo un libro bajo el farol de una plaza, me remontó al origen de todo esto. ¡Gracias, los quiero! les grité a la distancia, mientras corría en busca de papel y lápiz. Nunca se dieron por aludidos.

En el cubil, más tranquilo, comencé a construir el escondrijo para ocultarlo. Don Mario lo había resuelto de manera genial, dejándolo ahí, donde un torturador despreciaba su condición humana y descendía a la vileza para doblegar los secretos del otro. Allí, en su miseria, le ocultó este artefacto de su calaña.

Escribí el cuento basado en una idea que parecía carente de utilidad, pero circulaba en mi mente desde un tiempo atrás. Y cuando tuve la certeza de que era la palabra apropiada, la dibujé con un cuidado único y, con cada letra iba desvaneciéndose. Con la última llegó la libertad y sentí que un aire fresco ingresaba en mis pulmones.

Todo había pasado, pero algo quedó. No pude olvidar lo que la vidriera dijo sin que se lo consultara, y la pregunta no tardó en presentarse ¿qué debo hacer? Descartarlo no es una opción, porque lo intenté y no da resultado. Regresa en cualquier circunstancia y lugar, sin que se lo convoque. Todavía no encuentro el camino para saber de qué se trata, pero de algo estoy seguro: leer a Benedetti, es peligroso ¡cómo no lo iban a prohibir!

Las formas del querer

El último arroz

El Chueco Cárdenas era un divorciante empedernido, encubierto en amoroso paseador de niños. Se casaba porque este procedimiento era imprescindible para luego, ejercer el divorcio. Había confesado disfrutar de la angustia que produce la separación, y la inevitable melancolía generada por el recuerdo, de aquellas breves tardes compartidas.

Pero el Chueco era un conservador a su modo. Al ser interrogado sobre el por qué del casamiento, existiendo mecanismos más sencillos de unión, respondió que los compromisos los asumía con la mayor de las convicciones, y con la certeza del fracaso. Además, reflexionaba con el seño fruncido, ¿qué ejemplo daremos a las venideras generaciones evitando la legalidad?. En este sentido fue un militante, disponiéndose personalmente a intimar a los concubinos para que formalizaran.

Es cuento en el pueblo que, en el Registro Civil lo veían y comenzaban a temblar. Para personas aficionadas al reposo, Cárdenas era sinónimo de labor. Un día, el jefe de la mencionada dependencia le dijo, como sacando algo contenido en las profundidades de su ser:

—Cárdenas, ¿por qué no se deja de romper las pelotas?

El aludido, guardando la compostura, solo retiró el turno para su próximo enlace, y al pasar junto a la secretaria le dejó como un presente:

—Si supiera lo que sufro...

Estas palabras la atraparon como una fórmula mágica, y ella todavía lo sueña.

El procedimiento de conquista era cruel, calculado y sincero. Procuraba aprovisionarse de algún niño, propio o ajeno, para llevarlo a la plaza. Allí, ejerciendo su depurado estilo, lograba conversación con la cuidadora de otro pequeño. A poco de dialogar, y superado el filtro del estado civil, refería sus desventuras y atacaba ostensiblemente la faceta protectora de la víctima. Si había realizado una mala evaluación del objetivo, la investida era repelida por lo general con un:

–Para hijo ya lo tengo a éste –en alusión al niño que compartía juego con el suyo.

Pero en otras, ¡ay!, que dulces tardes pasaba. Entonces, los encuentros casuales se repetían bajo estricto programa, hasta el momento de la declaración. El tiempo de romance era breve, y como hombre de compromiso, prontamente buscaba formalizar. Casi en el mismo acto de notificación de divorcio contraía nuevas nupcias.

La mayor parte del pueblo sostiene hasta la fecha, que lo hacía con el único fin de alardear ante los amigos. Otros, que era un adicto al sufrimiento; alguno arriesgó el diagnóstico de pervertido. Un profesional dijo que todo provenía de una mala resolución del complejo de Edipo y doña Ester, vecina y curandera de la familia, argumentó que de chico le daba mucho hipo.

Una de las curiosidades del caso, es que en realidad no tenía hijos de sangre, sino que acumulaba los de sus mujeres.

Todavía hoy circula una versión, pero nadie la puede confirmar. Dicen que Norma fue contratada por las ex del Chueco, y que habían arreglado todo con el médico. Lo único cierto, es que hace años que no lo pueden levantar de la cama.

A Norma la conoció con su procedimiento habitual; o quizás lo correcto es decir que fue atrapado en su propio juego. A las tres semanas del primer encuentro estaban comprometidos, y poco después habían firmado, disgusto del Juez de Paz mediante, nuevamente el libro del registro.

Los primeros síntomas del embarazo se presentaron a los dos meses de concretado el matrimonio, cuando él ya planificaba el inminente divorcio (cada vez duraban menos las uniones). Esta nueva situación lo desestabilizó. Después del primer control, donde se confirmó el embarazo, Cárdenas parecía otro. Los amigos, asustados, organizaron algunas farras para sacarlo del transe en el que parecía haber caído, pero no obtuvieron nada. Él seguía yendo a la plaza, pero ahora jugaba con los niños y se limitaba a saludar cortésmente a las damas.

El día que ella desapareció sin dejar rastros, él suplicaba:

–Por favor, díganle que no la voy a dejar –pero era conciente de que nadie iba a tener esa oportunidad.

Norma se había ido para siempre, y el Chueco Cárdenas, también.

Cuestión de machos

En esa última visita, Buky llegó envuelto en una nube de tierra, como un aparecido en la niebla. Desde lejos fue imposible reconocerlo, era un caminante más con su bulto al hombro.

Como era costumbre, se presentó en la casa principal y pidió permiso para quedarse unos días. La bolsa cargaba los mismos harapos, algunos cacharros y una improvisada parrilla. En la cabaña donde se criaban las ovejas Lincoln tenía su lugar: la última división de la fila izquierda, debajo de un pequeño tragaluz. Allí, acomodaba sus pertenencias y con una buena cantidad de paja seca, disponía de un colchón sobre el suelo. Nunca aceptó compartir una vivienda con otro hombre. Durante su permanencia y cuando las ganas lo asistían, colaboraba en el peinado de los lanares y con ello decía cubrir el costo del alojamiento y la comida. Eran notables las discusiones con Don José Álvarez, el cabañero titular, quien veía invadido su terreno y se molestaba por la preferencia que ejercía Buky, en la selección de los animales para el cuidado.

Contaron de él tantas historias como lo permitió la creatividad, pero probablemente ninguna fuera cierta. Se argumentó traición amorosa, que era un médico reconocido que no soportó la muerte de un paciente, o un exitoso profesional que había descubierto el vacío que contiene el dinero en soledad. Nunca osaron preguntarle dónde había iniciado su vida o qué dejó cuando los pequeños pasos mutaron en gran caminata.

El abuelo, recuerda mi padre, siempre mencionaba el episodio en el cual Buky, resolvió de una manera poco habitual, un problema odontológico. Llevaba días molesto por un pequeño dolor de muela. La gente del campo le sugirió que se la sacara, para prevenir una posible infección, si no era que ya se había producido. Aceptó el consejo de buen grado y le propusieron llevarlo al hospital del pueblo, el día siguiente. Al amanecer, un peón renegaba porque no podía encontrar la pinza. Su enojo era mayúsculo, por ser el responsable de las herramientas y recordar claramente haberla ubicado en su lugar. El misterio se resolvió a media mañana, cuando el visitante entregó la pinza en la herrería, con una muela menos y la boca llena de tierra para detener la hemorragia.

Él era así, además de petizo, ancho y tranquilo. No se le conocía estado de ánimo alterado antes de la última visita, en la cual era notable un cierto grado de intranquilidad. Una percepción de que algo pasaba, pero que no se podía ver.

Los días transcurrieron en aparente calma, hasta la mañana del segundo domingo. Don Agustín se preparaba para asistir a la misa de diez en la parroquia. Luego de los aprestes habituales, salió de la casa por la puerta junto a la cocina, y siguiendo el caminito formado de tanto pasar, se dirigió al garaje a buscar la “mercedita”. A mitad del trayecto, escuchó ruidos poco habituales en la cabaña. Hizo una pausa y modificando el recorrido inicial caminó entre la doble fila de ligustrones, que conducía al lugar de donde provenían los sonidos. El riñón caído, la artrosis y otras secuelas de su agitada vida lentificaban el paso. Se escu-

chaban frases desafiantes y el abuelo temió lo peor. Intentaba recordar si Álvarez había mencionado alguna tarea pendiente para resolver el domingo. No quería que por celos tontos, uno de los hombres resultara lastimado. Envuelto en la duda su pretensión era acelerar el tranco. Cuando tuvo el portón de la cabaña a su alcance, la imagen no coincidía con su temor. Buky, sacaba al carnero a los tirones y lo ubicaba delante de él. El animal, parecía comprender la situación y se resistía, con las patas delanteras clavadas en la tierra y echando el cuerpo hacia atrás, hasta quedar semi sentado. Después, el hombre tomaba distancia y enfrentándose a su contendiente, asumía la posición de un velocista antes de iniciar la competencia. El carnero, ahora resuelto, raspaba el suelo con su pata derecha y mostraba una postura desafiante. Mí abuelo, sorprendido, le pegó el grito:

–Buky, ¿qué carajo hace? –mientras revoleaba el bastón para intentar distraer a los rivales.

Y él, ya en plana carrera, le contestó:

–¡No se meta Don Agustín, es un asunto entre dos machos!²

2 Agradezco la colaboración prestada por la síntesis histórica (de circulación familiar), que escribió el primo Roberto. Sin este documento, la reconstrucción del episodio hubiera sido imposible.

Estampida de amor

Recuerdo el sábado que decidimos, con el Gordo, ir a Trapos. Era el lugar donde se reunían los que estudiaban en escuelas religiosas, pero a nosotros nos gustaba desafiar ciertas cosas establecidas. A la tarde me había dicho, ¡qué te parece esta noche en Trapos! Hecho, dije inmediatamente.

A las once nos reunimos en la esquina y, luego de una breve arenga, encaramos la puerta con algo menos de seguridad que la esperada. Los rostros sorprendidos nos acompañaron hasta la única mesa libre. Nos sentamos contra la ventana y el Gordo, con esa sensibilidad del enamorado, la ubicó inmediatamente. “Ahí, con el enjambre de amigas”, dijo con un tono de voz diferente. Fue todo tan rápido, que no se bien cómo sucedió. Creo que acomodé la campera, y cuando me di vuelta para preguntarle qué íbamos a tomar, encontré la silla vacía. Lo busqué con la mirada. El local estaba lleno, y el Gordo abría un surco entre el rebaño. Llevaba la fuerza de una estampida de rinocerontes, pero se desplazaba lentamente. Había enfocado hacia donde estaba su rubia. La situación me confundió. Quería frenarlo y a la vez darle ánimo. Me parecía el inicio de un papelón, pero iba tan seguro que contagiaba. Casi grito ¡vamos Gordo! Cuando pude salir del asombro, presté atención a lo que sucedía alrededor. Todos mirábamos lo mismo, pero con expectativas diferentes. Las amigas, buscaban un lugar donde resguardarse, y en la huida intentaron rescatarla a los tirones, pero parecía que él la había sujetado con la mirada. Todo quedó en silencio por un segundo prolongadísimo.

Los pibes no podían creer lo que veían, el gordo se mandaba sin ningún tipo de reparo, como si estuviera en su territorio.

Conversaron toda la noche. El hablaba con una soltura y seguridad desconocidas, y ella reía y participaba con agrado. Poco a poco el lugar fue tomando su ritmo habitual. Las amigas dejaron de mirarlos, y todos volvieron a sus conversaciones, como si estuvieran bajo el efecto de un encantamiento.

Estuve horas disfrutando del triunfo. ¡Goleada de visitante!, le dije cuando nos fuimos. Pero él lo vivía con total naturalidad. Esa noche, de regreso al barrio no logré sacarle una palabra. Al otro día, pasé a buscarlo para dar una vuelta. De lo poco que me contó, recuerdo claramente que dijo: “no lo pude evitar, es que esos ojos azules de hielo tibio me cambiaron”. La frase fue la mayor prueba de que era verdad. No le insistí. Además, me ilusionaba pensar que podía pasarme lo mismo.

Cuando llegamos al centro, él no buscaba con la mirada como antes, estaba dispuesto a recibirlas. Ya no éramos invisibles. En un momento el Gordo entró al kiosco, y por la esquina doblaron ella y sus amigas. Yo miré para adentro, pero no me salían palabras. El grupo esperó a unos metros, la rubia se acercó y preguntó por él. Me quedé duro y por suerte salió a tiempo. La saludó muy tranquilo, y ella le dijo: “Gracias Raúl por lo de anoche”. Le dio un beso en la mejilla, y se fue.

Sabiduría añeja, sabe mejor

Don José reacomodó su cuerpo en el sillón, una vez más, intentando hallar una postura que le permitiera transcurrir la mañana, y le dijo a Basualdo:

–No está para nada mal la enfermera nueva ¿eh?

El otro, quiso ubicar convenientemente el oído que todavía prestaba algún servicio, en un esfuerzo para que no se desperdiciaran las palabras de su compañero, y al verse perdido contestó:

–No sé de qué me habla, pero ¿vio que fuertecita está la que contrataron?

Así conversaban los muchachos en el geriátrico, hasta que llegó Clemencia y los días fueron bendecidos por cierto alboroto. Sus meneos de sensual andador originaron algunas caídas y no pocos convites a duelo con bastón. Luego, ocupó el papel asignado en el acto cotidiano y volvió la calma. O al menos eso creímos. La felicidad amanecida en los trajinados rostros desmentía nuestra observación, al igual que aquella historia de amor que contó José, compartiendo la inequívoca prueba para reconocer a quien se ama. Es cierto que no lo dijo expresando una fórmula, sino que la debimos descubrir, enmarañada dentro de su relato. El esfuerzo, es justo decirlo, fue poco arduo. No existe ceguera que la pudiera ocultar. ¿Cómo no reconocer una palabra sabia cuando se presenta? ¿Quién rechazaría el regalo de aquella húmeda ternura con la cual fue ofrecida?

Él, compartió su cama con infinidad de bellas mujeres, sin perder la esperanza de encontrar a su compañera para toda la vida. Una noche, la reconoció definitivamente al término de hacer el amor.

Mientras una de sus manos iba sobre la suave tela del sillón intentando atrapar la de la última ingresada, entre algunas digresiones finales, dijo algo más o menos así:

–Cuando todo pasó, supe que recién era el comienzo. No sentí la sensación de que flotaba ni tuve ganas de volar, tampoco de ir a contarle a mis amigos. Sólo el deseo de quedarme dormido, abrazado a ella.

Después de la última palabra, junto al íntimo sonido final, los recuerdos habitaron el silencio. Todos acudimos desesperadamente a esos momentos, para saber. Nadie lo confesó, pero no hizo falta.

Índice general

Prólogo	9
<i>No descuiden mi obra</i>	
Martillo volador	17
<i>Manos sin obra</i>	
Estrenando oficio	25
Entrevista laboral	31
<i>Interiores</i>	
El pedido	39
La fila	45
El hombre de lágrimas	47
Un jugador solitario	49
<i>Razones sin</i>	
Encrucijada	55
Colormundo	59
<i>Portales</i>	
Nunca se le hubiera ocurrido a Rogelio	67
El Todoscopio	73
<i>Las formas del querer</i>	
El último arroz	79
Cuestión de machos	83
Estampida de amor	87
Sabiduría añeja, sabe mejor	89

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de mayo de 2013



Alvarado 2049 – Salta (Rep. Argentina)
Telefax. (0387) 422 9473
E-mail: vmhanne@arnet.com.ar